

to, y besándolo apasionadamente, exclamaba en voz alta, para que todos le oyesen: «¡Pobrecito! ¡Mi querido monín!» Y sin apartar los ojos de la amada imagen, tropezaba al andar con las maderas de los carpinteros y los botes de los pintores, ocupados en preparar el futuro aposento del niño (1).

Cierto día estaba sentado en una mesa, hojeando un paquete de grabados enviados de Roma. «De repente queda suspenso, y á poco exclama temblando: — ¡María Luisa! — Todos miramos ansiosamente al Emperador, que al observarlo, trató de dominarse. Entonces recompuso la fisonomía de la Emperatriz y analizó todos sus rasgos. El otro grabado representaba al rey de Roma. Aquí faltan palabras para describir la expresión con que Napoleón exclamó: — ¡Hijo mío! — Aquella escena perdurará indeleble en mi memoria. No fué grito, no; el Emperador no gritó. Apenas le oímos. Y tapándose la cara con el grabado, repetía: — ¡Hijo mío! — No nos atrevíamos á respirar (2).»

En aquella dramática expansión sentimental habría la misma mezcla de sinceridad y de cálculo que en todos sus actos. El repetido relato de sus penas, como padre y como esposo, le aquistaba simpatías generales. Su empeño en arrancar á su esposa é hijo del poder de quienes se los negaban, y que por ello mismo se le demostraban hostiles, era otra prueba de que no pensaba en dejar la isla y que su único deseo era acabar sus días en el seno de su familia.

Para sus adentros comprendía que, según pasaba el tiempo, eran menores las probabilidades de que su esposa llegase. Sin embargo, aun había esperanza, pues mejor era que María Luisa estuviese en Aix que en Viena, ya que, luego de tomadas las aguas, podía llegarse á Parma y de allí á la isla de Elba. Así lo consideraba posible una carta de María Luisa, recibida el 10 de Agosto por mano de un supuesto viajante de comercio (3).

La fiesta del 15 de Agosto se celebró sin la Emperatriz. Hubo bailes y regocijos públicos, y carreras de caballos, en la carretera de San Martino, presididas por el Emperador, quien en la tribuna regia, rodeado de la aristocracia ciudadana, coronó por su propia mano al

(1) CAMPBELL, p. 52; PONS DE L'H., p. 69.

(2) PONS DE L'H., p. 217.

(3) BEAUSSET, III, p. 48.

vencedor (1). Al día siguiente se disparó el castillo de fuegos artificiales confeccionado por los artilleros de la Guardia, y cuyo juego principal eran dos medallones con los retratos de Napoleón y María Luisa sobre transparentes luminosos (2).

Desconocedores los elbenses del sombrío drama doméstico que ocultaban aquellas fiestas y cohetes, y halagados por la nueva promesa de que la Emperatriz llegaría sin falta por todo el mes de Septiembre, aclamaron la aparición de ambos retratos. Pero levantóse un impetuoso viento que estropeó la fiesta y apagó muchas luces.

Resuelto el Emperador á saber la verdad en lo referente á María Luisa, esto es, si tenía la voluntad detentada, como él suponía y proclamaba (y en tal caso había de allanar todo obstáculo para reunirse con él), ó si, por el contrario, la inclinaba al desvío su propio corazón, recibió el 20 de Agosto en audiencia privada, en los Molinos, al capitán de la Guardia, Hurault de Sorbée, que con licencia de un mes, «iba á ver á su esposa», camarista de María Luisa. El Emperador le expuso lo que de él esperaba. Entreverse secretamente con la Emperatriz, por mediación de su mujer y de Meneval, y previa presentación de una carta de identidad que al efecto llevaba, proponerle embarcarse, bajo su guía, en Génova para la isla de Elba. El capitán enteraría al Emperador de sus diligencias por cuatro distintas vías. Hurault de Sorbée partió al fin.

Tal era el estado de ánimo del Emperador cuando el 23 de Agosto se instaló en la montaña de Marciana, que infundió en su espíritu la bienhechora expansión de su serena calma y la angustiosa tristeza de sus solitarias noches. Sin cesar atormentado é inquieto, volvió á escribir el 28 á María Luisa desde la ermita de la Virgen, diciéndole que podía contestarle sin temor y segura de que llegarían sus cartas, con

(1) PONS DE L'H., p. 231; MONIER, p. 71. Carta fechada en Porto-Ferraio el 23 de Agosto.

(2) Los vecinos improvisaron á este propósito una canción cuya letra decía:

*«Sa Majesté Napoléon
A mis le feu au Dragon.
Ah! quelle belle fête,*

De voir le portrait de Marie-Louise paraître.»

Se llama *Dragón* el cohete que prende fuego á las ruedas de la pieza maestra. (*Gaceta rimada* del ayudante LABADIE, p. 50.)

tal de dirigirlas «á nombre del Sr. Senno, por la vía de Génova, y mediación del Sr. Constantino Gatelli».

Lastimoso era resguardarse tras «Constantino Gatelli» y tomar el nombre del «Sr. Senno» cuando se ha sido el emperador Napoleón (1).

Inopinadamente, el 1.º ó el 2 de Septiembre, entrada la noche, un buque franqueó la boca del puerto sin que los guardias le pregun-



La ermita de la Virgen, en el monte Giove, donde el Emperador recibió la visita de la condesa Walewska.

taran ni nombre ni procedencia, y echó anclas en San Giovanni, hacia el fondo de la rada, en vez de atracar en el muelle (2).

En el puente del buque estaban una señora y un niño, acompañados de otra señora y de un

caballero con lentes, vestido de uniforme. La señora pregunta por el Emperador. El general Bertrand se presenta y conversa con ella sombrero en mano. Las caballerizas imperiales reciben orden de enganchar una carretela, ensillar dos caballos y dos mulas, y de poner todo este tren á disposición de la desconocida, que con su compañera, el caballero de los lentes y el niño, se acomodan en la carretela, seguida de las cabalgaduras destinadas á su oficio, al llegar al punto en que el camino de Marciana empieza á ser de herradura.

A la mañana siguiente no se hablaba en Porto-Ferraio de otro asunto que de la misteriosa llegada, y como un reguero de pólvora se difundió la noticia de que aquella señora era María Luisa.

(1) Constantino Gatelli era un negociante genovés, con quien el Emperador andaba en relaciones concernientes á su corral y vaquería de San Martino, así como por la compra de olivos y moreras. Senno era el arrendatario de la pesca del atún en la isla.

(2) Capilla situada cerca de las ruinas romanas.

Los marineros del buque hablaron de ello, diciendo que durante la travesía, la dama, embarcada en la costa de Italia, llamaba al niño unas veces «hijo mío» y otras «hijo del Emperador», de lo que se infería que era la Emperatriz. Los lacayos, el cochero y el postillón, que habían residido en las Tullerías, afirmaban haber reconocido el traje del niño, muy semejante al uniforme militar que á menudo llevaba el rey de Roma. Acaso aquella señora les había parecido más baja que María Luisa, pero sólo la vieron á la luz de la luna. Por otra parte, la desconocida había cuidado, así á bordo como en tierra, de que su hijo repitiera algunas de las palabras atribuidas por la fama al ilustre vástago. Finalmente, según rumor público, el caballero Vincent ensilló el caballo de la desconocida con la silla destinada á la Emperatriz. La otra señora sería una dama de honor, y el caballero, el príncipe Eugenio de Beauharnais. La isla entera estaba henchida de entusiasmo.

Sin embargo, no era María Luisa. Era la condesa Walewska (1).

*
* * *

Los pocos confidentes de estos amores la llamaban «La Vallière» del Emperador. Era bajita, pero bien formada, rubia, de ojos azules, tez blanca y aspecto rientemente melancólico. Conocióla Napoleón en Varsovia, á principios de 1807, cuando apenas contaba ella veinte años, y estaba casada con un aristócrata rancio, á estilo de viejo hidalgo, de corazón todavía ardiente y de carácter severo. El Emperador se enamoró de ella, le declaró su amor, y según costumbre en él, le pidió inmediatamente una cita. La condesa se sintió atraída hacia el hombre que á la sazón estaba en el cénit de su gloria, y había entrado en Polonia como un salvador, después de rechazar á los rusos y aplastar á los prusianos; pero resistió durante cuatro días, con gran sorpresa de cuantos conocían la aventura. El Emperador quedó estupefacto, porque estaba acostumbrado á que las madres le enviaran

(1) FORESI, 61; PONS DE L'H., p. 212 y 378; CAB. VINCENT, p. 369; PEYRUSSE, p. 259; CAMPBELL, p. 156; GRAL. DURAND, p. 100; CONSTANT, III, p. 267 y sig., y VI, p. 92.